

EL MUSEO DE PARQUE FLORIDO

por MANUEL PRADOS LOPEZ

ENTRE lo poco que se ha escrito acerca de Lázaro Galdiano, con motivo de su muerte y su testamento, resaltan los párrafos enhebrados en una emoción auténtica, de muy subida calidad humana, que el doctor Blanco Soler hizo públicos con una serenidad y una oportunidad admirables. La vida y la obra de don José Lázaro demandan en nuestros días luz, comprensión, gratitud y justicia. Como todas las vidas fabulosas y apasionadas, ésta, que ahora nos inquieta, no se nos desvela del todo porque lo maravilloso de ella está aún mezclado con lo común; lo histórico con lo deducido; lo cierto con lo entrevisto. Pero es indudable que el pueblo español, atónito ante el rasgo final de Lázaro Galdiano, necesita datos y pormenores de esa figura desaparecida en silencio, el cual se ha roto al choque con la realidad de un legado magnífico sin precedentes. Obstinémonos en dar calor humano al comentario del hecho y hacer luz en torno a los espíritus propicios al júbilo digno de la noticia. Ambos fines ha querido cumplir el doctor Blanco

Soler, y ellos nos acucian también a nosotros al abordar el tema, de un valor nacional incalculable.

Así consideramos la cuestión, no porque se trate de millones, sino porque se trata del incremento de la riqueza espiritual española. Nuestro Ministro de Educación Nacional nos ha recordado, en uno de sus recientes discursos —uno de los más trascendentales que le hemos escuchado—, que los grandes ideales del espíritu han de interesarnos, sobre todas las cosas, en una compatibilidad perfecta y lógica con el anhelo de elevar nuestro nivel económico, sin el cual la grandeza espiritual resultaría inoperante por mal servida. Pues bien: el tesoro artístico de Lázaro Galdiano, cuantiosísimo, aún no evaluado exactamente, representa para España un instrumento de ganancia y de cultura; es decir, de doble y eficaz revalorización nacional. Es, además, un motivo de orgullo y un noble recreo del alma.

Lázaro Galdiano fué el creador de esa riqueza tan sabiamente conservada, tan mimosamente querida, cuidada con tanto desvelo. ¿Que todo ese esfuerzo fué hecho sólo para el propio deleite del coleccionista? No y mil veces no. Claro que sin un gran amor íntimo, sin un hondo y apasionado sentido de la belleza, sin un vivo deseo de admirar lo artístico, no se labran fortunas ni se logran colecciones como las de don José Lázaro; pero no es menos cierto que éste soñaba con la continuidad y el reflorecimiento de su obra cuando decía: «Quisiera que mi fortuna se empleara en una fundación cuyo núcleo sería el Museo «Parque Florido»: un museo donde se conservaran mis recuerdos y que sirviera también para levantarlos en cada uno de los visitantes; desearía, en fin, que «mi casa» estuviera siempre dispuesta a mantener el espíritu del invitado en una dulce y familiar contemplación de mis cacharros.»

Aún a más nobles empresas aspiraba Lázaro Galdiano; pero sus afanes excedían de los límites ineluctables de su vida. Felizmente, ya no estamos en aquellos tiempos en que lo ma-

terial y lo artificioso frenaban los grandes impulsos, los ideales puros, las ambiciones generosas. El Estado español, hoy, se preocupa de lo espiritual, de lo cultural, de lo científico, de lo artístico, de cuanto eleva al hombre de España y le hace ser fiel a su destino. Al calor de nuestro Movimiento hemos recobrado nuestro ser natural, y las actividades espirituales de todo orden han hallado razones de intensificación, de unidad, de coordinación, de estímulo, de auge. El aprovechamiento máximo de la fortuna de Lázaro Galdiano está de sobra garantizada en nuestra España renacida.

Mientras los tesoros del «Parque Florido», residencia del ilustre español, están siendo inventariados, para ser clasificados después con un rigor que hará más fácil y cómoda la contemplación de los ejemplares artísticos —así se cumplirán los deseos del testador escrupulosamente—, justo es que recordemos que a la generosidad de la patriótica cesión corresponden, en una misma línea de fidelidad, los afanes de toda la vida de Lázaro, cuya voluntad de trabajo y de saber se revela, conmovedoramente, en una frase de desconsuelo pronunciada por el anciano en una crisis del cuerpo: «Lo que más siento es no poder estudiar.» Es indudable que aquel hombre, en aquellos momentos, no deseaba estudiar para sí, sino para quienes un día fueran beneficiarios de su obra.

Su voluntad de navarro y su talento quedaron patentes, no sólo en sus salones, pero también en sus conferencias, justificadoras de sus búsquedas y sus hallazgos por todos los caminos del mundo recorridos, más que con gloria de presente, con una esperanza de remota recompensa inmaterial. Lázaro fué un viajero infatigable: no viajero turista, sino viajero con un ideal, al modo español. ¿Qué otra cosa fueron nuestros conquistadores, nuestros colonizadores, nuestros religiosos en misión, nuestros poetas?

Otra prueba de que Lázaro no fué únicamente un afortunado coleccionista queda en sus publicaciones, sobre todo en las páginas de *España Moderna*, que fundó y mantuvo en alto

como una antorcha de su pasión divulgadora. Hasta en el título de aquella su Revista amada se delataba ya un patriotismo hondo, acaso por demasiado hondo poco espectacular, poco efectista, poco reconocido.

Sus relaciones fueron siempre restringidas, selectas. Su Museo del «Parque Florido», si no fué jardín sellado, permaneció inaccesible para muchos. ¿Por qué no lo hizo más popular? ¿Por egoísmo? No. Ya hemos visto cómo se expresaba cuando se decidía a dar expansión a su anhelo y a buscar en el porvenir la razón de sus inquietudes. No se olvide que a don José Lázaro le faltó tiempo para ordenar su tesoro; pero no se dude que nunca vaciló en proyectar al futuro la eficacia de su labor ingente.

Repetimos que la obra de Lázaro ha excedido del tiempo de su vida; pero, por fortuna, lo que queda por hacer está en manos firmes, en cerebros luminosos, en corazones sanos. La tarea de acopio será coronada ahora por una ordenación amorosa. Y el gran museo particular será para siempre Museo de España, que honrará a todos los españoles bajo el áureo nombre de don José Lázaro Galdiano.





La Virgen del bello paisaje. Primitivo flamenco de comienzos del siglo XVI.



EL GRECO. San Francisco y fray Rufino.



VICENTE LÓPEZ. El organista real.



Dos Santos. Escuela española del siglo XV.



HEEM. Bodegón.



WOUVERMANN. La Batalla.



BRUEGHEL. Paisaje con animales.



San Francisco.



La Virgen.

Puertas de un tríptico. Escuela española del siglo XV.